

de ropa para servirles de modelo. ¡Qué rato más horrible! Gracias á usted he salido bien del lance. Toda la gratitud de mi alma será poca para premiar su generosa protección.

»Yo me deshice en cumplidos y la acompañé hasta su casa, quedando en volver al día siguiente para satisfacer los vivos deseos que la joven manifestaba de presentarme á su padre como su salvador.

»Cumpliendo lo ofrecido, volví al día siguiente.

»El padre de mi protegida era un venerable anciano imposibilitado, á quien reveses de fortuna habían lanzado de casi la opulencia á la miseria. A la sazón no tenía más amparo que su hija, la cual utilizaba para ganar el sustento los adornos adquiridos en su brillante educación.

»La simpatía que por ella sentí desde el primer instante, aumentó al conocer sus bellas prendas.

»Deseoso de serle útil, la proporcioné trabajo en una tienda y mis visitas menudearon hasta hacerse diarias.

»Yo no me daba, sin embargo, cuenta de la clase de sentimientos que hacia la encantadora joven me arrastraban.

»Completamente extraño á las lides amorosas, en absoluta ignorancia de los afectos y pasiones que agitan el corazón, creía estimarla y la adoraba. Iba todos los días, la admiraba, era feliz á su lado, me embriagaba en la mirada de sus hermosos ojos..., pero todo lo creía efecto de una tierna y pura amistad. Un pe-

queño incidente, una sola palabra, bastó á descorrer el velo de mi ignorancia.

»Una tarde estábamos Eloísa y yo asomados al balcón de su casa. Pasó por la calle un elegante mirándola con insistencia.

— »Ese — me dijo ella señalándole — es un millonario que me pretende con empeño.

»La calle giró en mi rededor haciendo vertiginoso remolino; la sangre se me convirtió en ardiente lava; mis oídos zumbaron, y debió descomponerse de una manera terrible mi semblante, á juzgar por el susto de Eloísa.

— »¿Qué es eso, amigo mío? — exclamó alarmada, — ¿qué tiene usted?

— »Nada, Eloísa, un vahido; ya pasó.

»Pero mi corazón latía con tal fuerza que tuve que despedirme temiendo que me vendiera.

«¿Qué es lo que siento? — me preguntaba alejándome de ella. — ¿Por qué se ha conmovido todo mi ser?» Y penetrando en lo más oculto de mi fuero interno, en el rinconcito del alma donde se ocultan esos pequeños secretos del corazón que ni á nosotros mismos quieren mostrarse, lo comprendí todo. Me había picado la víbora de los celos, y como no hay celos sin amor, deduje que amaba con toda mi alma á Eloísa.

»Aquí empezaron las dudas, las luchas, las vacilaciones. ¿Tenía yo derecho á esperar que aquella criatura superior y por todos estilos perfecta se enamorara de mí, pobre, feo, obscurecido?

»Y aun suponiendo que se realizara tan raro fenómeno, ¿debía yo permitir que renunciara por mí, que nada tenía, al brillante porvenir que le ofrecía un hombre rico?

»El delicado instinto de Eloísa la hizo comprender lo que por mí pasaba; su clara inteligencia la inspiró el medio de ir destruyendo mis escrúpulos sin descubrirse y de poner ante mis ojos el tesoro de su ternura. Conocí al fin que me amaba, la confesé mis sentimientos y el cielo se abrió para nosotros.

»Al ser amado por aquel ángel me pareció que ante mis ojos se presentaban nuevos horizontes, me creí capaz de alcanzarlo todo, y por primera vez en mi vida sentí la embriaguez de la dicha.

»Eloísa era aún más pobre que yo, sufría infinitas privaciones; yo hubiera dado la mitad de mi vida por hacerla mi esposa y mejorar su situación con mi trabajo; pero mi madre merecía más que nadie mi solicitud... Pospuse la pasión al deber como le venía posponiendo los desahogos de la juventud, y vi sufrir uno y otro día á la mujer idolatrada sin poder aliviar su triste suerte.

»Tan doloroso martirio tuvo al fin su término por haber obtenido, tras reñida oposición, una pensión en Roma.

»Mi alegría fué inmensa. Ya me veía en camino para alcanzar gloria y fortuna.

»Pero estaba escrito que mis escasas satisfacciones habían de ser amargadas por crueles dolores.

»Unos días antes de mi partida, mi madre enfermó, y en pocas horas, sin agonía, rindió el espíritu en mis brazos con la serena resignación de una santa, sonriendo, bendiciéndome y pidiendo á Dios por mí.

»Cumplidos los últimos deberes, me encontré en la soledad horrible de la orfandad, sin más consuelo que el amor de mi Eloísa.

»Ella reanimó mi abatido espíritu, y tuve que apelar á toda la energía de mi alma para dominar la pena que me devoraba y marchar con el corazón lleno de la amargura del presente y las esperanzas del porvenir.

»Algunos meses en la capital cuna de las bellas artes me bastaron para crearme un modesto pasar, conseguido lo cual me apresuré á volver á Madrid por mi Eloísa.

»Su padre había muerto; nos casamos lo más pronto que fué posible, y ambos volvimos á Roma, de donde hemos regresado hace un año.

»Desde que me casé he alcanzado fama y provecho, pero no ha sido sin lucha ni sin sufrir las contrariedades del destino y los torpes manejos de los hombres.

»Ahora soy tan feliz, que me asusta mi propia ventura por temor de que se evapore, y me atormenta la idea de perder á ese ángel de luz.

»He ahí los detalles y peripecias de mi triste historia.»

IV

Jorge quedó un instante meditabundo.

— Mucho has debido sufrir — dijo por fin.

— Mucho, sí. Pero en mis luchas por la vida, como en mis grandes desgracias y las borrascas de mi alma, he tenido siempre una íntima satisfacción que templaba mis pesares: era la seguridad del deber cumplido, era el orgullo de poder decir, repasando todas mis acciones: «He llenado mi misión sin mancharme ni desfallecer. Soy digno de llamarme hombre.»

— Tienes razón — repuso Jorge, — esa satisfacción no se compra con todo el oro del mundo. En medio de tu pobreza has sido útil á tu patria con tu genio artístico, á tu madre dándole la subsistencia con el sudor de tu frente, á tu esposa haciendo su dicha... Debes estar orgulloso.

— Bien; pero dime ahora...

— ¿Lo que he sido yo? El polo opuesto. Tú careciendo de todo recurso has hecho mucho bien. Yo teniendo el oro á manos llenas no he servido para nada bueno, ni aun he sabido hacer mi propia ventura. En cambio, he llevado la desgracia y la deshonra al hogar de muchas familias.

— Me parece que exageras, amigo mío.

— No tal; digo la verdad. ¿Quieres conocer mi historia? No la tengo. Es la insulsa novela que ves reproducida todos los días por los que son tan ricos de

dinero como pobres de corazón. Gozar hasta no poder más, hacer de cuanto me rodeara escabel de mis placeres, era mi lema. Mi programa, representar el primer papel en la comedia del mundo.

«Cuando perdí á mi padre, quedé dueño de sus millones y libre, porque mi madre se retiró á su provincia nativa.

»Imposible explicarte al detalle la loca existencia á que me entregué. Todos los vicios me dominaron á la vez. Todos los amores se disputaron mi corazón.

»Tan variable condición me valió algunos disgustos y no pocos lances, que aumentaron mi prestigio por haber tenido la suerte de salir vencedor en todos ellos.

»Convertido en el *temible* de los salones, en el hombre de moda, ¡quién me resistía! Mi capricho triunfaba siempre, lo cual me hizo formar tristísima idea de mis prójimos, y aún peor de mis prójimas.»

— Lo comprendo — interrumpió Carlos. — Has buscado á la mujer entre el fango, y crees que todas son como las que en él se agitan.

— ¿Tú no lo crees?

— No, por cierto. Tengo en mi casa la prueba. Además, he conocido otras muchas jóvenes intachables.

— ¡Bah!

— Créeme, Jorge. La fortuna y la ociosidad, casi siempre unidas, cubren vuestros ojos de un espeso velo á través del cual veis al mundo tan negro y á los hombres tan pequeños.

Jorge se encogió de hombros sin responder.

— «En fin — continuó, — sea lo que fuere, el caso es que he vivido un siglo en tan pocos años, y en uno de esos intervalos de cansancio y fastidio en que todo aburre, se me ocurrió casarme por hacer algo nuevo, por distraerme.

»No tardé en conseguirlo, y llevé al altar á una linda joven de buena familia, que me encantaba por su viveza y coquetería. Durante algunos meses me dediqué con ardor al papel de buen marido, hasta que despertaron con nueva fuerza, por la tregua observada, mis instintos de calavera, y me lancé de nuevo á la vida alegre.

»Mi esposa se indignó primero, lloró después, y por último tuvo que resignarse. Al presente me deja en completa libertad, y ella la disfruta á su vez.

»Conozco que, á pesar de su ligereza y coquetismo, podía haber hecho de ella una mujer de provecho, una esposa modelo. Pero... ¿qué quieres? Yo no sirvo para maestro. No he intentado mejorarla ni puedo hacerla dichosa.

»Como comprenderás, esta existencia de... trueno cuesta mucho dinero, y mi fortuna está tan mermada como agotada mi salud y abatido mi espíritu. Hoy, aumentar el capital que me resta es mi mayor preocupación; pero como no entiendo de eso, lo he realizado casi todo y colocado en una casa de París que da más interés que el papel del Estado en España.»

— Ten cuidado en donde pones tu capital — dijo Carlos.

— Es una casa muy acreditada.

— ¿Me presentarás á tu esposa?

— Imposible, amigo mío. Está una temporada con sus padres en Andalucía. ¿Y á tu Eloísa podré conocerla?

— En cuanto quieras. Le proporcionarás un placer.

— Mañana mismo iré á ver al matrimonio feliz.

— Hasta mañana, pues.

— Adiós.

V

Cuatro días después, una feliz pareja recorría la cuesta de la Vega con dirección al campo del Moro, deteniéndose de cuando en cuando para aspirar el aire del campo y echar una ojeada sobre el bonito panorama que á sus pies se extendía. Ella era bellísima, aunque muy pálida y de aspecto tan delicado, que revelaba una salud poco sólida. A él ya le conocemos, era Carlos Verger, que, poco tranquilo respecto á la salud de su esposa, la hacía pasear por el campo, deseoso de mejorarla.

Iban estrechamente unidos del brazo y sus amantes ojos se buscaban como si aún se encontraran en la luna de miel.

— ¡Qué hermoso es todo esto! — decía ella. — Aquí

se ensancha el ánimo y se respira con más desahogo.

— Por eso te he traído, vida mía. Este es el punto de vista más pintoresco de Madrid. Aquí no hay bullicio, pero el alma se recrea en la contemplación de tan hermoso paisaje, y su relativa soledad nos hace olvidarnos de las mentiras de la corte para gozar en las verdades de la naturaleza.

— Mira — dijo Eloísa sonriendo; — así agarraditos del brazo, parecemos dos novios en día de asueto.

— ¡Bah! — repuso él no menos sonriente. — ¿Qué vale el amor de esos novios que parecen tan enamorados, comparado con el nuestro? Yo te quiero mucho más que cuando nos casamos.

— Yo creo que te amaba aun antes de conocerte.

— Nuestro amor ha pasado por todas las pruebas sin perder un átomo de su intensidad: él ha sido el faro de bonanza de mi vida y te soy deudor de la dicha más completa.

— ¿Deudor tú? Calla, Carlos mío. Si eres el mejor de los hombres y el más amante de los esposos; si recibo de ti paz, felicidad, alegría; si me has dedicado tu vida entera, ¿quién es el deudor?

— Ninguno, mi bien; quedamos en paz amándonos con toda el alma.

— ¡Oh! Que venga ahora tu amigo Jorge á decirnos que el amor no existe y..., ¡que sé yo!, todos esos desatinos fruto de corazones viciados.

— ¿Y qué te ha parecido mi amigo Jorge?

— Un desgraciado de alma enferma y vacilante ra-

zón, cuyos buenos instintos han sido ahogados, primero por una perversa educación, y luego por el medio en que ha vivido, por su carencia absoluta de sentido moral.

— Lo has calificado exactamente.

Eloísa empezaba á sentirse fatigada y á quejarse de un agudo dolor en el costado.

Carlos se apresuró á proponer el regreso á su casa, bien ajeno de que tan sencillo accidente pudiera ser preludio de tremenda desgracia.

Tal es la vida. Cuando más tranquilos y seguros nos creemos, viene rápida como el rayo la terrible realidad á recordarnos que nada somos y que la dicha, si llegamos á alcanzarla, pende de frágil hilo.

La endeble naturaleza de Eloísa, quebrantada por antiguos sufrimientos, luchó poco con la enfermedad. A los dos días la pulmonía estaba declarada, y á los ocho, después de llamar inútilmente á todas las notabilidades de la ciencia, la enferma recibió los sacramentos por su propia iniciativa, y llamando después á su esposo que en la habitación inmediata procuraba reparar la alteración de su rostro, le decía:

— Mi querido Carlos, deja correr esas lágrimas que ahogadas te harán más daño, y siéntate aquí, á mi lado; quiero hacerte una recomendación.

— Di lo que quieras, Eloísa mía — murmuró Carlos con voz desfallecida.

— Quiero prepararte para el rudo golpe que vas á sufrir, porque... moriré muy pronto...

— ¿Tú? — interrumpió aterrado. — ¡Deliras, Eloísa, deliras!

— ¡Harto sabes que digo la verdad! Moriré muy pronto, y no te recomiendo que me olvides, porque el amor es siempre egoísta; pero sí que te resignes y que procures buscar el consuelo necesario á tu dolor.

— Tú no morirás, Eloísa; Dios no querrá mandar-me tan ruda prueba tras las ya sufridas.

— Mi pobre Carlos, las lágrimas te venden: tú crees como yo que nuestro idilio ha terminado. ¡Éramos tan felices!.. Pero cuando nos reunamos allá arriba, nuestra dicha renacerá completa y sin fin. Entretanto, ¿me juras no atormentarte con inútiles extremos?

— ¡Pero, por Dios!..

— ¿Me lo juras?

— Pues bien, si tan horrible desgracia sucediera, sufriría con resignación mi martirio.

— Así te quiero, dueño de ti mismo como has sido siempre; acatando en todas ocasiones la voluntad suprema. Te suplico que después de... mi partida, pienses en mí sin amargura, con el consuelo de quien recuerda á una persona querida ausente accidentalmente y á quien va á ver en plazo no lejano.

Carlos no fué ya dueño de contener su dolor al oír las tiernas palabras de aquel ángel. El llanto corrió por su descompuesto rostro, y arrojándose al cuello de su esposa, la cubrió de besos y de lágrimas.

Un sacerdote presenciaba inmóvil y conmovido tan desgarradora escena.

— Padre mío — dijo la moribunda desprendiéndose de los amantes lazos que la oprimían y señalando el lado derecho de la cama, — usted aquí. Tú á este otro lado — dijo á su esposo.

Su voz se debilitaba por momentos.

Oyó algunos minutos las exhortaciones del sacerdote, sonriendo cada vez más dulcemente. Luego murmuró:

— Padre mío, ore usted por mí. Carlos, no me olvides. Hasta... el cielo.

Cerró los ojos como un niño que duerme y su alma purísima se elevó al cielo.

— ¡Hija mía! Ya no es de este mundo — dijo el sacerdote.

— ¡Lo temía hace mucho tiempo! — exclamó el desgraciado esposo. — Era un ángel y debía volver á su patria. Pero yo... ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Cayó de rodillas junto al lecho, y sepultando en él su dolorida cabeza dejó correr el llanto que le ahogaba.

VI

El último consuelo de los desgraciados es buscar en aquello mismo que exacerba su dolor algo que lo mitigue, á semejanza del enfermo que alivia su mal con el propio veneno que al sano mataría.

Carlos buscaba ese inexplicable y triste consuelo junto á la tumba de su santa esposa aún no cumplidos los ocho días que en ella reposaba.

Nadie hubiera podido reconocer en aquel ser vacilante y demacrado, que cual fantasma viviente arrastraba su tardo paso por las sombrías calles del cementerio, al esbelto y alegre joven que una quincena antes hemos visto pasear dando el brazo á su feliz compañera.

El sufrimiento más horrible, el dolor en su último límite se revelaba en toda su persona.

Llegó al fin lentamente al último lecho de su adorada Eloísa; arrodillóse sobre la blanca lápida; besó el nombre querido en ella estampado, y entre desgarradores sollozos la habló cual si pudiera contestarle.

Entretanto, en la inmediata calle, formada de altos cipreses, todo era bullicio y movimiento, como si acabaran de enterrar á algún personaje.

El nombre de Jorge de Altamira, pronunciado por los del acompañamiento, sacó á Carlos de su profunda abstracción. Prestó oído.

— ¿Quién había de pensar antes de anoche — decía uno — que ese pobre Jorge moriría tan pronto?

— ¡Él también! — murmuró Carlos con amargura. — Todos se van y sólo yo quedo siempre.

— Y lo más inesperado — añadió otro — es que haya muerto suicidado.

— Pues no tiene nada de extraordinario — replicó un tercero. — Declarada en quiebra la casa de banca en que había puesto casi toda su fortuna, quedaba reducido á una humilde medianía, y ha preferido la muerte á la pobreza.

— Perdido todo, ¿qué le restaba? Lo que ha hecho: morir con valor.

— Es verdad — dijeron á coro, á manera de oración fúnebre, al marcharse. — Ha muerto como un valiente.

Carlos se alzó de un salto al oír aquello.

— ¡Valiente! — exclamó con extravío, — ¡un valiente! ¿Dónde está, pues, el valor? ¿En el que huyendo de los trabajos de la vida busca el reposo de la muerte, ó en el que vive muriendo y, aborreciendo la vida, la conserva? Si para ese mundo frívolo y vano es un ser superior el hombre que tras una vida de placeres se mata á la primera contrariedad que experimenta, ¿qué somos nosotros, los pobres hijos del infortunio, que soportamos con entereza todos los sinsabores de la existencia por cumplir el mandato que de la vida nos hace Dios?

— Sois para el mundo de los necios unos mentecatos. Para los hombres de corazón y recta conciencia, los verdaderos héroes de la vida — repuso un anciano de frente de sabio y aspecto venerable, que las exclamaciones de nuestro amigo había oído.

Y sin transición añadió:

— No consiste el valor en saber morir por no sufrir, sino en saber sufrir sin morir. Todos traemos á este mundo una misión que realizar; el que la lleva hasta el fin, sin retroceder ante los dolores que soporta, ese es el hombre fuerte, ese es el hombre perfecto. Unos cuantos seres extraviados aplauden á Jorge, que después de experimentar todos los goces, ha coronado

su inútil vida con un crimen. Pero usted que ha demostrado la fortaleza de su alma luchando y sufriendo, siguiendo sin vacilar la triste ruta de sus dolores y practicando la virtud, alcanzará la estimación y el respeto de todos los hombres justos.



Con rápido ademán se despojó de la careta

LA HORMA DE SU ZAPATO

I

Unidas desde que tuvieron uso de razón por estrecho lazo de ternura, siempre juntas en el colegio donde ambas se educaban, confiándose sus pequeñas alegrías y sus ficticios pesares, amándose como hermanas, Anita y Celia se completaban, aunque eran muy diferentes, y quizá por eso componían una sola alma y un solo corazón, obedeciendo á la misma ley física que hace brotar la chispa de dos electricidades contrarias.

Las dos se encontraban en esa edad en que el án-